

Corazón grande, espíritu universal

1. No hace mucho, con motivo de nuestras fiestas patrias, hablábamos del peligro del *nacionalismo*. Un desordenado afán de afirmar los propios valores nacionales, con desprecio de las cosas buenas de las otras naciones. Sin duda una triste expresión de soberbia colectiva. Pues ese problema, por desgracia, también se puede dar en el ámbito religioso. Cuando, con una mentalidad cerrada y exclusivista, tendemos a considerar que solo lo que hacemos nosotros está bien hecho o que somos nosotros los que mejor hacemos las cosas.

El asunto viene de lejos. Acabamos de escuchar, en el libro de *los Números*, la airada respuesta de Moisés a Josué cuando este pretende que se prohíba profetizar a quienes no pertenecían al grupo de los setenta ancianos escogidos sobre los que había descendido el espíritu del Señor: *¿Crees que voy a ponerme celoso? Ojalá que todo el pueblo de Dios fuera profeta*¹.

2. También en la vida de Jesús se presentó el problema. Un día se acercó al Señor aquel apasionado muchacho *-hijo del trueno*, le llamaban- que era el apóstol Juan y le dijo: *Hemos visto a uno que expulsaba a los demonios en tu nombre y, como no es de los nuestros, se lo prohibimos*². Una actitud de aparente buen espíritu, pero que, en el fondo, refleja un egoísmo exclusivista; una notable cortedad de miras. Jesús pone las cosas en su sitio: *No se lo prohíban, porque no hay ninguno que haga milagros en mi nombre, que luego sea capaz de hablar mal de mí. Todo aquel que no está contra nosotros, está a nuestro favor*³.

Está claro que el Maestro quiere que sus discípulos agranden el corazón y eleven su mirada y aprendan así a valorar las cosas buenas de los demás. En lugar de enfados y prohibiciones, lo lógico es alegrarse y bendecir ese esfuerzo por hacer el bien, aunque se haga de una manera distinta a la nuestra.

3. En la Iglesia, dentro de los justos límites establecidos por el Magisterio, nadie tiene el monopolio para difundir correctamente el Evangelio y luchar contra el mal. *Alégrate, si ves que otros trabajan en buenos apostolados. –Y pide, para ellos, gracia de Dios abundante y correspondencia a esa gracia* (Camino, n. 965), insistía desde muy joven san Josemaría. Y, en otra ocasión, a propósito del mismo tema, añadía: *Vivir la caridad significa respetar la mentalidad de los otros; llenarse de gozo por su camino hacia Dios... sin empeñarse en que piensen como tú, en que se unan a ti (...). No te pierdas en comparaciones, ni en deseos de conocer quien va más alto: eso no importa, lo que interesa es que todos alcancemos el fin* (Surco 757).

Tenemos que aprender, con un esfuerzo diario, a apreciar las cosas buenas de los demás. Hay, en el frondoso bosque del mundo católico, un gran fondo común con el que

¹ Primera lectura, *Números* 11, 29.

² Evangelio, *Marcos*, 9, 38.

³ *Ibid.* 39.

todos coincidimos. Si Terencio, aquel famoso dramaturgo pagano, podía decir: *Soy un hombre, nada de lo humano me es ajeno*. Nosotros muy bien podemos decir: *Soy católico, nada de lo que hagan mis hermanos por difundir la fe me es ajeno*. O, acudiendo a un sencillo refrán, no olvidemos que *hay muchas formas de matar pulgas*. ¡Viva la libertad!

Si esto no se tiene presente, como ha pasado muchas veces en la larga vida de la Iglesia, surgen innumerables sufrimientos. ¡Cuántas energías se han gastado inútilmente por las envidias y celotipias de algunos grupos eclesiales con respecto a otros (dígase familias religiosas, grupos parroquiales, cofradías, movimientos apostólicos...)!

Aprendamos, en resumen, a estar unidos en lo esencial y a ser muy abiertos en todo lo demás. Me parece que fue san Agustín el que hace mucho establecía: *en lo importante, unidad; en lo accidental (en lo opinable), libertad; siempre y en todo, caridad*.

4. Y una última consideración. No se trata solo de “tolerar”, como un mal inevitable, esos modos de proceder, sino más bien de apoyar y bendecir esas iniciativas. Jesús también nos recuerda hoy que seamos agradecidos con quien nos da un simple *vaso de agua*. Descubramos cerca de nosotros a quién podemos dar esos *vasos de agua*. Un poco de aliento, una frase amable, una sonrisa de afecto... Así fomentaremos el respeto y la comprensión con los diversos carismas de la Iglesia.

Debemos sentirnos muy próximos a todos los que trabajan por difundir la verdad de Cristo en el mundo. *Es necesario*, insistía también san Josemaría, *actualizar esa fraternidad, que tan hondamente vivían los primeros cristianos. Así nos sentiremos unidos, amando al mismo tiempo la variedad de vocaciones personales; y se evitarán no pocos juicios injustos y ofensivos, que determinados pequeños grupos propagan (...) contra sus hermanos en la fe* (Conversaciones, n. 61).

5. Estos tiempos difíciles que estamos viviendo en la Iglesia, son tiempos de unidad. Tiempos en los que es muy importante evitar lo que divide y fomentar lo que une. Que la Virgen del Rosario, a quien acudiremos con total confianza en el mes de octubre que mañana comienza, nos ilumine y acompañe en este noble afán.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 30 de septiembre de 2018.